

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

«Este precepto os doy: Amaos
los unos a los otros como yo os he
amado.

(Jesucristo a sus discípulos)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de Dindurra, 2, pral., iqda.

El criminal cuerdo

Eran seis los complicados en aquel crimen que tenía horrorizada a toda Europa... o mejor dicho a todo el mundo, pues con el telégrafo y el periódico la América se horrorizaba al par de Europa y las demás partes del mundo al par de Europa y América.

Tres de los criminales fueron descubiertos, condenados y ejecutados.

Los otros tres andaban escondidos, temblando como reos en capilla.

Al fin las necesidades perentorias de la vida, y al ver que la prensa que todo lo dice no había lanzado sospecha alguna sobre sus personas, los decidió a salir de sus escondrijos y alternar con la gente bien.

Pero ¡con qué temores y turbaciones, que procuraban disimular cuanto les era posible!

Cuidaban de no mirar a la cara a nadie; y si por casualidad su vista tropezaba con la de un transeunte, les parecía que sus miradas eran intencionadas, sus sonrisas burlonas, sus palabras alusivas...

En todos, y más en los conocidos e íntimos, temían hallar un delator.

Esta situación era insostenible. ¿Se embarcarían para América? Temieron excitar las sospechas y ser capturados en virtud de los tratados internacionales sobre extradición de reos.

En fin, al cabo de algún tiempo, dos se marcharon a diversas poblaciones de la península, y bien pronto algunas fechorías, efecto de sus malos hábitos les proporcionaron asiento en los registros del presidio. No se ha sabido más de ellos.

El tercero, Joaquín N., que conservaba algunos sentimientos religiosos, fué a avistarse con un confesor.

Quiso hablarle fuera del confesionario. El confesor accedió a ello, y le llevó a una habitación retirada.

Contóle Joaquín su crimen con profusión de detalles, muchos de los cuales sabía ya el sacerdote por los periódicos.

—¿No es verdad—prosiguió—que he de temer la acción de la justicia, que no podrá menos de castigar crimen tan atroz con el patíbulo?

—Ya se ha visto en los tres que han cogido.

—¿Y qué remedio me dá usted, al menos contra esta zozobra que no me deja vivir?

—¿Yo?... El remedio que encuentro es aquel de «un fuego mata a otro fuego».

—¿Cómo?... Explíquese usted—dijo con avidez el criminal—¿Cómo?

—Allá voy: usted merecía ir a los infiernos a arder por toda la eternidad. Otros con los mismos pecados, tal vez con menos, han ido ya, y sin remisión padecerán suplicios tan atroces, que el que usted teme de la justicia humana es cosa de diversión comparado con ellos.

—Lo creo: tengo fé, aunque he sido tan malo.

—Pues si lo cree, ¿cómo no tiembla al recordar que puede sorprenderle la muerte, implacable, ministro de la divina justicia, y sepultarle en los abismos de fuego, para ser atormentado sin fin por los infernales verdugos?

El criminal se puso pálido. El cura continuó con acento grave y de mucha autoridad:

—¿Por qué, hombre que crees, temes tanto la muerte temporal y nada te afecta la eterna? ¿Por qué al caer en manos de la justicia de la tierra, que a lo más te hará padecer algunas molestias antes de la ejecución que ha de terminar todas las penas de esta vida, que impresiona tanto, y...?

Joaquín prorrumpió en sollozos mal comprimidos; y el Cura le tomó de la mano y le llevó a la iglesia delante de un devoto crucifijo, que se venera en una recóndita capilla.

—Medita aquí—le dijo—delante de Nuestro Señor Jesucristo, muerto por nuestros pecados, de la afligidísima Virgen, madre de pecadores, de la Magdalena, que consiguió el perdón con su doloroso arrepentimiento. No temas llorar; llora con dolor de tus culpas, llora con amor y confianza y tu corazón se aliviará.

Joaquín se sumergió en serias y dolorosas reflexiones, muy serias y muy dolorosas.

Lloró como no había llorado desde

niño, pero sus lágrimas brotaban sin esfuerzo, dulcemente, y aliviaban todo su ser, como se alivia el hidrópico al evacuar el agua por una acertada operación quirúrgica.

Después de un buen rato, se levantó con aire resuelto y rostro casi alegre, y fué a buscar al padre confesor.

—¿Me permitirá que me confiese con usted?—le dijo en tono suplicante y un poco tímido.

—¡Vaya que sí!—le respondió aquél—y que será breve la confesión, pues ya me has declarado lo principal.

Confesado que estuvo Joaquín, no sin que se le oyese en toda la confesión lanzar hondos suspiros, besó muchas veces con efusión aquella mano consagrada que se había levantado para absolverle y bendecirle.

Alzóse del suelo satisfecho, y aseguró al confesor que se habían disipado todos sus temores, y que movido de su arrepentimiento y deseo de expiar su crimen y los demás pecados de su vida, ya no le importaba nada ser descubierto y ajusticiado.

No lo ha sido, sin embargo, después de cuarenta años que han transcurrido desde que pasó todo lo que va apuntado.

Y hoy día ¿quién pudiera sospechar que aquel devoto septuagenario que oye Misa diariamente y comulga a menudo en Santa María... (muchas Santas Marías hay en España) que aquel caritativo anciano que esparce tantas limosnas y buenos consejos y enjuga tantas lágrimas fué un día un gran criminal que despistó a la justicia. Gran criminal, sí, pero que tuvo el buen acuerdo de refugiarse en los brazos de la Religión, en los brazos de Jesucristo, que le tornó hecho un santo.

J. M., S. J.

¡Católicos!

No dejéis un sólo día sin conseguir una nueva suscripción para nuestro periódico.

Gran parte del pueblo ignora la verdad porque no lee o lee lo que no debe. Esforcémonos en que nuestros periódicos se difundan más cada día.

No descanséis en que los demás lo hagan. Pensad que si todos hacéis lo mismo, serán inútiles los esfuerzos de los que, fervorosamente, trabajamos en la defensa de la RELIGIÓN y la PATRIA.

¡Arriba los corazones!!

Casi bastaría para justificar el título de este artículo transcribir traducido el salmo 45 de David, pero dadas las circunstancias actuales le pondremos algún ligero comentario. Dice así el salmo:

«Dios es nuestro refugio y fortaleza: nuestro defensor en las tribulaciones que tanto nos han acosado.

Por eso no temeremos aunque se conmueva la tierra, y sean trasladados los montes al medio del mar.

Bramaron y alborotáronse sus aguas; a su furioso ímpetu se estremecieron los montes.

Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios: El Altísimo ha santificado su tabernáculo.

Está Dios en medio de ella, no será conmovida: la socorrerá Dios ya desde el rayar el alba.

Conturbáronse las naciones y bambolearáronse los reinos: dió el Señor una voz y la tierra estremeció.

Con nosotros está el Señor de los ejércitos: el Dios de Jacob es nuestro defensor. Venid y observad las obras del Señor, y los prodigios que ha hecho sobre la tierra.

Como ha alejado la guerra hasta el cabo del mundo. Romperá los arcos, hará pedazos las armas y entregará al fuego los escudos.

Estad tranquilos y considerad que yo soy el Dios: ensalzado he de ser entre las naciones y ensalzado en toda la tierra.

El Señor de los ejércitos está con nosotros: nuestro defensor es el Dios de Jacob».

Los más conspicuos Padres de la Iglesia, y entre ellos San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio y San Juan Crisóstomo, opinan que el salmo es profético y se ha de entender en sentido de la liberación de la Iglesia de todos sus enemigos.

¡Y qué bien se puede aplicar el salmo a nuestra amada patria! Los fieles seguidores de Cristo en ella, están por el desencanto de una ilusión acariciada y bien mantenida, como los habitantes de una ciudad bombardeada. Al menor ronroneo creen ver con ojos de espanto el avión exterminador, y con las manos en el pecho como para impedir una escapada del alma se refugian en los sótanos y huyen vergonzosamente al extranjero. ¡Oh, qué amantes tan finos tenéis, Señor! Si los llamaseis al martirio ¿cuántos acudirían?

Para todos vendrá bien la meditación del salmo transcrito por halagüeño confortador y lleno de esperanza: pero singularmente para los pusilánimes ha de constituir su alimento diario. *Dios es nuestro refugio y fortaleza.* y ¿quién podrá asaltarlo con tan valeroso defensor a la puerta? Y aun entablada la lucha a campo raso, militando de nuestra parte el Dios del valor, de la sabiduría y del poderío infinitos, ¿quién podrá vencernos y aniquilarnos definitivamente? Una victoria menguada en los comicios, que son todo mentira, soborno y gatuperios, no es para batirse en retirada y dejar el campo libre al enemigo.

Se agitará seguramente el mar de las pasiones y nos amenazará con un desven-

rado naufragio; se conmoventá la tierra y sus moradores bajos, viles y sin religión ni conciencia amargarán sin duda nuestra vida; y los montes, a saber, los poderosos, los encumbrados y soberbios aparentarán salir de sus asientos para aplastarnos; pero nosotros, el pueblo cristiano, no hemos de permanecer impávidos, pues nada ayudará más a los planes del infierno que nuestro desconcierto.

Santificavit tabernaculum suum Altissimus. Por mil pruebas y proféticos augurios podemos considerar a España como el tabernáculo que el Señor eligió para sí y la santificó con las huellas de sus apóstoles y de sus innumerables mártires y sobre todo con el divino regalo de la presencia de su santísima Madre. Por ello no nos ha de invadir la nube de la tristeza, ni hemos de reflejar desaliento y tedio ante la actuación de esos católicos medrosos y blandengues que niegan a Dios un pequeño sacrificio y no sienten retraimiento, miedo ni vergüenza para asistir a un festival mundano o a una cena a la americana en los grandes hoteles.

Mientras haya quien con los brazos en alto ore y clame al Señor cual otro Elías para que mande sobre nuestro suelo la lluvia benéfica de sus gracias, no hay que desesperar. Estas vendrán a tiempo y formarán el manso y fertilizante río que *alegrará a la ciudad de Dios.* Y hay almas muy santas en España y son innumerables los que rezan y lloran y se mortifican por la causa de la Iglesia y ha de ser esto motivo de regocijo y prenda de un bienestar futuro.

Dominus virtutum nobiscum... El Dios de los ejércitos de millones de ángeles, el que nos tomó a su cargo para defendernos, es el Dios de Jacob, el Dios de Israel, el Dios de los incontables héroes de la cristiandad sacrificados a la furia de los Césares romanos, el Dios destructor del Islam en nuestro suelo y el rey de cielos y tierra, que desbaratará todas las maquinaciones de las sectas infernales, romperá todas las armas enemigas, y si le seguimos fieles, sin odios entre nosotros, sin disputas y disensiones divisorias, el que nos dará la victoria decisiva.

¡Arriba los corazones!! El Dios de los ejércitos está con nosotros.

V. Gracia, S. J.

Emilio Castelar

Siendo yo una niña le conocí en León. Estuvo en mi casa y recibí sus caricias. Le unía leal amistad con mi padre.

Castelar había sido el ídolo del pueblo: Con el torrente de su impetuosa elocuencia envolvía las masas juveniles, las enloquecía desbordándose por los campos de la democracia. Ofuscado en sus falsos ideales, disparó sus flechas de oro envenenadas contra el dogma católico. Deslumbrado con las brillantes concepciones de sus imágenes, siempre soñador, inspirándose en

el arte de Italia, en los delirios de Francia, en el cisma de oriente, en las nacientes maravillas de la joven América, su fantástica imaginación se desvanecía en el deslumbre, hasta equivocarse en la realidad, en la práctica de la vida política. Y al pedir la libertad de cultos y de conciencia desde el Poder, entre el aplauso de los unos y el espanto de los otros, no tardó en comprender el fracaso ruidoso de los errores de su Gobierno republicano y que España caminaba a una catástrofe al seguir por aquel peligroso camino de destrucción, de desquiciamiento en todo y de la ruina aniquilante. Y el adalid de las libertades imposibles, hombre de corazón y entendimiento, se retiró al cenobio de su templo de arte, para continuar soñando con las auras y con las ninfas. Artista por naturaleza hasta en sus postimerías halló su tumba entre los floridos huertos del Pinatar entre nardos y rosas.

Cuando le traté en Madrid, ya no era el iluso terrible de las Constituyentes. El autor de la democracia se hallaba vencido. Sus últimos discursos son retractaciones de sus lucidas diatribas.

Una tarde, en su casa madrileña, aquel hombre fecundo en poesía y grande de alma, me hizo pasar a su rincón de estudio íntimo. Un océano de papeles, como él decía, se desparramaba confuso por la amplia mesa. Trabajo arduo para encontrar en aquel revuelto el engranaje de ¡cuartillas! En un ángulo del saloncillo-despacho se destacaba un reclinitorio de rojo terciopelo ante un magnífico y pequeño crucifijo de marfil. Un rosario modesto, el «Kempis» y varios libros de piedad en la repisa del reclinitorio. Una pililla con agua bendita y una ramita de olivo adosada a la pared. Con su peculiar gracejo, me dijo el gran tribuno; —No solamente los carlistas sabéis rezar. Aquí me humillo con frecuencia ante Dios y confío que la Misericordia infinita, del que dió su vida siendo el autor de ella en la cumbre del Calvario, por los pecadores, perdonará los extravíos de mi juventud, porque Dios perdonó a los que le crucificaron y por la intercesión de su Madre pura, inmaculada, conseguiré lo que le pido. Soy católico y como católico espero morir. Imposible España sin religión. ¡Qué hecatombe sería!

Y me pareció que la figura pequeña

de Castelar, se agrandaba en su talla aquel día, que nunca podré olvidar por la sincera confesión de las ideas del tribuno eminentísimo, que, al fin, murió como cristiano confortado con los auxilios de la Religión.

DOLORÉS DE GORTÁZAR

El crucifijo en las escuelas de Portugal

El Gobierno portugués ha sometido a la Asamblea Nacional una proposición de ley reorganizando el Ministerio de Instrucción, que en lo sucesivo adoptaría el nombre de Ministerio de Educación Nacional.

Se introducen varias reformas en la organización escolar y en todas las escuelas primarias será puesto el crucifijo como símbolo nacional de la educación cristiana. El crucifijo será adquirido por cada escuela por suscripción entre los alumnos.

EDUCACION

Para la Patria, la enseñanza implica una seria cuestión de vida o muerte; cuando es buena y moral, la dignifica; cuando es torpe, la infama y la pervierte.

Dichosa aquella Patria que conquista libertades y amores con su ciencia repudiando ese afán materialista que envilece y corrompe la inocencia.

X.

Yo no te perdono

Cuentan que un Rey de Dinamarca había matado a su padre para reinar en su lugar. Parecía feliz, más su corazón estaba destrozado, y negras visiones cruzaban ante sus ojos. Una noche, en mitad del baile, palideció, empezó a temblar y un grito se escapó de su garganta.

Apagad las luces, gritó. Se apagaron, pero en vano; en el fondo del salón le parecía ver, iluminado con luz siniestra, un fantasma, que con los ojos centelleantes se adelanta hacia él.

¿Quién eres?—exclamó—¡oh, sombra que me persigues!

¿Eres mi padre?

—No,—respondió el fantasma con voz que llenó de espanto:—si fuese tu padre, te perdonaría; yo no te perdono: soy el remordimiento.

Prescindiendo de si es verdad o no la presente anécdota, encierra siempre mucha filosofía, a saber: que la conciencia es el primer verdugo de los que obran mal.

¡Y qué remordimientos más atroces no deben tener todos esos hijos de familias cristianas, que tan de repente han vuelto la espalda al Dios, en quien siempre han creído y en el que muchísimos de ellos aun creen! La prueba que al llegar la hora de la muerte todos claman por el confesor.

Si alguna vez, por desgracia, nos tortura un justo remordimiento, apla-

quememos pronto la conciencia saliendo del pecado.

X

Los que declaman contra la Iglesia

¿Quiénes son los que reprochan a la religión por ser demasiado fastidiosa y exigente?—Aquellos que no la practican jamás.

¿Quiénes son los que reprochan a la Iglesia porque exige fe en sus dogmas revelados?—Aquellos que creen en las mayores tonterías y en ridículas supersticiones.

¿Quiénes reprochan a la iglesia diciendo que rebaja al hombre?—Aquellos que dicen tener al mono por antepasado... a la casualidad por ley... al placer por regla... a la nada por fin.

Quiénes acusan a la Iglesia de intolerante?—Aquellos que no permiten a nadie tener otra opinión de la que tienen ellos.

¿Quiénes acusan a la Iglesia de ser enemiga de las luces?—Aquellos que en nombre de la libertad cierran las escuelas católicas, les niegan sus derechos, expulsan a sus maestros e ignoran por completo sus enseñanzas.

¿Quiénes, en fin, son los que con mayor audacia claman contra la religión?—Aquellos que no conocen una palabra de religión o que se sienten reprimidos y avergonzados por sus enseñanzas.

No nos asustemos, pues, ni por el

Folleton de RELIGION Y PATRIA (86)

Honradez sin Dios

—¡Es que es cierto!—dijo el tercer obrero con espontaneidad que me hizo sonreír.

Pagué al mozo, tomé el sombrero, estreché a mis buenos obreros las manos y les dije por despedida:

—Desengañaos, amigos míos, no busquéis hombres de bien sin religión, y si alguien se os declara honrado y no cree en Dios ni en el diablo, creedme... no le fiéis la bolsa.

M. S.

Tres facetas de la vida

Son las once de la noche. La populosa ciudad está llena de animación y alegría. Es día festivo y todo el mundo lo ha empleado en divertirse.

¿Todo el mundo? Bueno, la mayor parte de la gente.

Suena la campana de un convento en un barrio extremo. Tocan a coro.

La campanita suena, suena, leve, suave,

argentina, levemente, como medrosa de alborotar el mitin que en la casa próxima se celebra.

La dulce campanita suena, dando al aire su fino sonido, como una voz infantil que se eleva al Altísimo para decirle: Señor, no saben lo que se hacen. Perdónalos. Señor, perdónalos...

No todo en el mundo es egoísmo y ceno. Aún quedan almas puras y santas en la tierra...

Y las dulces monjitas, prosiguen sus preces al Altísimo.

El ruido de la casa vecina es atronador. Parece que hasta las paredes se van a venir abajo.

¡Cómo grita y vocifera la gente aglomerada!

Les ha enardecido la palabra cálida y persuasiva del orador mitinesco. Hablan tan bien... Oigamos lo que dicen:

....Compañeros, camaradas, todo es una farsa. La nación está arruinada. Hemos de salvarla echando fuera a los frailes y monjas...

—Bien; muy bien.... Y un nutrido aplauso corta la palabra al elocuente orador. Tras un forzado descanso, sigue con

más ímpetu la peroración:

—Ciudadanos, es preciso hacer economías y dar trabajo, pan e instrucción a los que carecen de ello. En cambio, ese dinero que es de todos, que es vuestro, no se emplea más que en mantener curas y frailes y monjas holgazanes.

Por ellos, por los curas y monjas, estáis todos sin pan y sin trabajo.

Dicen que sirven a Dios, pero, ¿es que hay Dios...? ¿Quién lo ha visto? Yo no lo conozco. Si aquí hay alguno que lo haya visto alguna vez, que suba aquí y nos explique cómo es ese Señor.

Palmas y risas. Bien, muy bien. Fuera los frailes y las monjas....

Hasta las Hermanas de la Caridad, que son las únicas que hacen algo, bien mirando no hacen más que perjudicarnos. Los miles de hospitales y asilos que hay, ¿no podían estar servidos por personal de vosotros mismos?... Y lo haríais cien mil veces mejor que ellas. Bien que vendría a los muchos que estáis sin trabajo y sin pan. Al menos comeríais y estaríais gordos y lustrosos como los frailes y monjas. ¿Qué hay, pues, que agradecerles?...

—Bien, muy bien. Fuera, fuera las

